

la fibra misteriosa. Buscaba... y siempre en vano:
¡pues no, no despertaba el corazón ya muerto!
Mas, de aquella hermosura lo subyugó el encanto.
De sus manos entonces cayó el acero aleve;
y el ánimo vencido por un respeto santo,
no profanó su cuerpo, hecho de rosa y nieve,
y quedó absorto.

¡Oh nueva y eterna gentileza
de la mujer!... La gracia de los hombros y el cuello
en donde, soberana, impera la cabeza;
la línea del excelso contorno de lo bello
que dibujando el seno y los henchidos flancos,
mórbida ondula, y luego va á correr embriagada
hasta los pies gemelos, como pétalos blancos,
en la armoniosa curva de un ánfora sagrada;
los senos, cual dos copas, que al niño y al amante
les brindan, amorosas, con su ambrosía tierna;
y el creador regazo, fecundo y palpitante
donde en vaivén perenne la humanidad alterna.
La mujer... sensitiva que canta, llora y ama;
arca llena de amores; hogar en que se encierra
el fuego donde prende del porvenir la llama;
del Arte obra maestra; sonrisa de la tierra.
Por ella el hombre, alado, aspiró hasta la altura,
y su frente besaron los soplos ideales;
y en desbordante copa que ella le tiende, apura,
para calmar la fiebre de sus divinos males,
ausente de la patria de vaga remembranza—
el licor delicioso de ventura y olvido,
y le habla en un ignoto lenguaje de esperanza,
y encamina sus pasos hacia el edén perdido;
él, como á su ángel bueno, extasiado la escucha,
y la palma conquista que ambicionó el deseo;
y rendidas las fuerzas en la implacable lucha,
el coraje, al tocarla, recobra como Anteo.
Materna y compasiva, templó sus desventuras;
el prodigio viviente de la creación resume:
los heroísmos todos y todas las ternuras,
y es bálsamo, y ensueño, y cántico, y perfume.

*

Y en aquella cabeza que, helada, se dormía
como en mullida almohada sobre sus blondos rizos,
se advertía la honda, mortal melancolía
de lo que tuvo vida, pero que ya no existe,
y cual funérea sombra cubría sus hechizos.
Por sus labios erraba tenue sonrisa triste.
Y con lágrimas puras—quizá postrera ofrenda,—
quedaron ateridas en sus hermosos ojos.
Tal vez de la existencia por la azarosa senda
no holló, al pasar, las flores y sólo los abrojos,
y el sol de amor, de eternas fulguraciones vivas
que enciende el universo y hechiza lo que toca,
no penetró en su pecho: las rientes perspectivas
del país de los sueños no le alumbró; en su boca
jamás la mariposa de amores llegó acaso
á posarse, con tiernos ardores de paloma;
su corazón, guardando como en cerrado vaso
la peregrina esencia con su divino aroma,
no conoció el dichoso delirio que enajena
y sublima; sus brazos plegados castamente,
alma cual honda virgen de nitidez serena—
nunca quizá se unieron en el abrazo ardiente.

*

Absorto y conmovido, tal meditaba el sabio,
en tanto que ascendían de su ánima suspensa
afectos misteriosos á estremecer su labio.
Su sér sintió invadido por compasión inmensa
hacia la bella extinta. Fuera de sí, convulso,
besó su boca.

Al punto, ¡oh Amor que maravillas!

El corazón, ya helado, vibró con nuevo impulso;
las lágrimas entonces surcaron sus mejillas;
sus brazos se enarcaron en pálida corona;
sus párpados se abrieron; siguió el raudal su giro;
y como el ave libre que su preludio entona
después de larga noche, de amor estremecida,
brotando de su pecho dulcísimo suspiro,
le devolvió su beso y renació á la vida.



Antonio Borquez Solar

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Ha colaborado en «Pluma y Lápiz,» «La Ley,» «El Ferrocarril,» etc. Autor de «Campo lírico,» «Del dolor del Quijote» y «La floresta de los leones.» En la anunciación de este su último libro lírico, dice: «Hoy en la lengua de mi lira soy el intérprete de los dolores de los pobres; de esas grandes tristezas, protestas y resignaciones del pueblo, eternamente explotado, vilipendiado há cuarenta siglos... He ido á empaparme mucho en la hiel y vinagre de allá abajo; y en nombre del Bien y de la Justicia quiero romper la molicie de los poderosos con el eco de este clamor, que viene agigantándose poco á poco, y que bien pudiera ser que se oyera con el estampido terrible de la trompeta del Juicio Ultimo... Los que hayan sabido alguna vez del sufrimiento, los que sean como yo hombres de dolor, atestiguarán que mi verso es voz de verdad... Y ojalá que al oirla los felices hagan prender en su corazón una santa llama, y hagan como Aquel que vino á poner fuego al mundo por los cuatro costados: *Fuego de Amor.*»

Prepara actualmente «Canciones del Cielo, de la Tierra y del Mar,» obra que está destinada á cantar á Chiloé—nos decía últimamente,—al Archipiélago, desde la nube, hasta la espuma del mar y hasta la brizna de hierba que los vientos impelen.»

CARTA DE LA ISLA

Mi buena madre me escribe.
¿Qué me dirá?
—Que sin mí muy sola vive,
diez años muy largos ya...

«—Triste es mi vida. ¡Qué amarga,
desde que murió tu padre!»
(¡Qué «via crucis» tan larga
la que va mi santa madre!)

»De entonces mi hogar vacío
es un viejo Campo-Santo
muy lóbrego, solo y frío,
que entristece más mi llanto.

»En el jardín ya no hay flores,
en tus jaulas no hay jilgueros:
ya murieron los cantores,
tus alegres prisioneros.

»A veces la golondrina
labra un nido en la terraza.
Triste el ave peregrina
vive un tiempo; vive y pasa.

»Mi cabello ya blanquea
y sufro hasta cuando duermo;
nada mi ánimo recrea,
mi corazón ya está enfermo.

»En las tardes nebulosas,
cuando la mar soliloquia
hablando de muchas cosas,
y en la lejana parroquia
vibra el «Angelus» doliente
sus pausadas dulces arias
inclino mi mustia frente
dando al cielo mis plegarias.

»Por ti, por tus dos hermanos,
ausentes mis dos pequeños
que están allá muy lejanos,
que yo abrazo hasta en mis sueños.

»Cuando airado el viento zumba
á la débil luz escasa

de la tarde, una tumba
me parece que es mi casa...

»¡Ah! ¡por qué no sois los niños
que alborotabais traviesos,
de albas frentes como armiños
donde yo estampé mis besos!

»Como estas noches de junio,
tan frías y tan oscuras,
son mis días de infortunio,
son mis horas de amargura...

»Sólo mitigan mi llanto
en mis penas infinitas,
cuando sufro tanto, ¡tanto!
tus dos buenas hermanitas.»

Muy triste seguir leyendo
hasta llegar al final,
sintiendo que me iba hundiendo
en mi garganta un puñal,
pensando que aunque zozobre
el mundo de angustias lleno
ni habrá un Dios para el que es pobre
ni habrá un Dios para el que es bueno.

BEAUCHEF

Yo he pisado la tierra de Mocopulle, toda
la pampa que es como la herradura de un corcel,
gigantesca herradura que cumplirá cien años
que amamantó con sangre su bosque de laurel.

Ahí los vientos cimbran sus vuelos aquilinos
y cada tronco lleva escrito un nombre: «¡Beauchef!»

Evocando sus glorias á él mismo yo lo he visto
sobre su buen corcel.

Mis ojos desmesuradamente abiertos, firmes
se han quedado sobre él...

Su refulgente espada traza al aire una rúbrica.
«¡Libertad!» ha escrito, (y el aire es el papel.)

En su tricornio tiene un penacho y un águila,

(es imperial tal vez.)

Los cascos del caballo los macula la sangre
de los que le pagaron la rota de Bailén.

Soberano es el gesto

con que manda Beauchef.

Me parece que escucho su voz entre los hurras
con que á la bayoneta rugiendo va el tropel.

Una tempestad oye

que dice: ¡Viva el Rey!

A vencer la tempestad avanza la montaña,
y la montaña es él.

Los arcabuces ladran y sus lenguas de fuego
rojas aureolas ponen al bosque de laurel
y entre horrores y sangre
trotando va Beauchef...

*

¡Ah! no le bastan todos tus millares de glorias,
Libertador; anhelas un triunfo en Chiloé.

Es que sabes que tu esfuerzo tiene que ser homérico
contra un puñado de héroes altivos como aquél.

Y fuiste el rayo, el trueno, la flamígera espada,
el valor sobre todos, voz y brazo á la vez,
forjador de la muerte, manantial de la sangre
de todas tus legiones la bandera y el broquel.

Nadie tuvo tu empuje, tu regia gallardía,
tus cóleras francesas, tu chilena altivez.

*

Después de tu victoria la pampa Mocupulle
toda llena de sangre, sin odios y sin hiel,
con el azul del río y el blanco de las nubes
formó con el chileno tu tricolor también.

Y te nacieron alas como dos resplandores
sobre tu férrea espalda de paladín francés.

EL CUCHILLO

Tengo un viejo cuchillo lobero,
cuchillo de historia,

que al verlo mohoso no sé por qué infiero
que en antiguas edades de gloria
yo fuí su salvaje y audaz compañero.

Que los dos por las Islas nos fuimos,
de Castro á los Chonos,
rompiendo los bosques, hundiendo los limos;
que burlando del mar los enconos
triumfantes de todos los reyes nos vimos.

Me parece que aun lo tremola
mi mano siniestra,
que lo hundo hasta el mango peleando en la ola
con el lobo que herido me muestra
sangrientos su pecho, su vientre y su cola.

Que con él yo les quito la vida
á diez blancas focas
que vienen del Polo en fantástica huída,
que les rajo de un golpe las bocas
y senos al darles mi recia embestida.

Y que lanzo clamores salvajes
que el eco dilata,
yo el rey primitivo de aquellos parajes,
mientras pasa la gris cabalgata
del Viento que rige sus rudos sendajes.

RESURRECCIÓN

I

El placer doloroso de las cosas
felices que murieron y se quieren
con ansias infinitas, ese tengo.
Y con mi gesto de dolor me inclino
sobre las cartas y las flores mustias
que guarda al fondo mi cajón de pino.
El placer doloroso de las cosas
felices que murieron y se quieren...!
Parece que mis labios se mojaran
con el acre sabor de un acre vino.

¡Si parece mentira que estuviera
todo marchito y para siempre muerto!
Pero aun mis cabellos no blanquean.
Mi bravo corazón golpea fuerte
en un hervor de vida; en oleadas
yo siento borbotar mi rica sangre.
¿Por qué os fuisteis vosotras?... Mis amadas,
dejaron una luz en mi memoria
y en mi alma el hierro de las siete espadas!

II

¡El placer doloroso de las cosas
felices que murieron y se quieren!...
Rosa, sal del sepulcro, yo te quiero
envidiada de todos, pura y bella,
sin que tus ojos sobre mí se posen,
desdeñosa y altiva en tus quince años.
Tú la primera me dijiste al verte
la atracción de tu sexo; me hiciste hombre
y llenaste mis noches y mis días
de ambiciones, de sueños y quimeras
y de melancolías.

III

Parece que mis labios se mojaran
con el acre sabor de un acre vino!...
¿Qué nombres tienes arrugada carta?...
Etelvina... eres tú, dulce Etelvina.
¡Cómo eras de pequeña y de divina,
de adorable y maligna! La primera
que me enterró el puñal de su mentira.
Que lágrimas lloré, dulce Etelvina
la primera de amor, que no de odio.
¡Hacen también llorar unas violetas
que disimulan el puñal de Harmodio!

IV

¡Oh lo que guarda mi cajón de pino!
Unas cartas y flores, una estampa...

¡Este sí que es mi más amargo vino!
Angela, todo es tuyo. ¿No te acuerdas?
¿Al besar á tus hijos no te acuerdas
de aquellas tardes que pasamos juntos,
de aquellos días que bañaba el oro
de nuestra adolescencia? Mira, dime:
¿no hay algo en tí que se remueva y llore
cuando volviendo atrás, hacia el pasado,
al dar mis labios tu anhelante beso
ves que fué dulce ese primer pecado?
¡Cuánto temblabas tú! ¡Cuánto temblaba
yo también, por un beso solamente!
Es que era un beso de pasión y dudas.
Es que á través de diez y nueve siglos
tú preñabas la traición de Judas!

V

¡Si parece mentira que estuviera
todo marchito y para siempre muerto!
Julia, Julia. Mi prima. ¿Cómo pude
amar otras mujeres? Sangre mía,
noble sangre huilliche y española.
En su rostro la nieve competía
con el suave rubor de la amapola.
En la mañana por los campos íbamos
riendo á gritos y cortando flores;
al oír nuestra loca algarabía
los pájaros callaban en los árboles.
Le tomaba la mano, la apretaba,
daba un chillido y se ponía roja,
un mohín en sus labios y paría
con su cabello suelto que flameaba
al desgaire; su túnica muy corta
me mostraba su gruesa pantorrilla,
tan gruesa y bella con su media negra,
dura como jamás he visto alguna,
cuyo recuerdo á mi pesar me alegra...
Si parece mentira que estuvieras
¡oh! ¡novia de mi alma, bajo tierra!
Como una palomita tú te fuiste;
yo como el águila soberbia subo

á conquistar el sol... Sobre tu tumba,
sobre los brazos de tu blanca cruz,
que canten los jilgueros insulares
y haya un perpetuo resplandor de luz.

VI

¿Por qué os fuisteis vosotras? ¡Mis amadas
dejaron un fulgor en mi memoria
y en mi alma el hierro de las siete espadas!
Ya lejos de mi tierra y de mis mares
te encuentro á ti, mujer, radiante y bella.
Tú has sido, Clementina, en mi camino
la guiadora y peregrina estrella;
tú pusiste en mis manos esta lira,
tú me enseñaste á ambicionar la gloria,
me olvidaste después; yo te perdono,
que sé que al fin no fué la culpa tuya;
que tú sabías que era un rey sin trono.

VII

¡Y vosotras, divinas y profanas,
salid del fondo del cajón de pino!
Yo adoré vuestras manos, vuestros senos,
el lánguido mirar en vuestros ojos
la mordedura aleve en vuestros besos,
en el cansancio del placer gustado,
el temblor lujurioso en vuestro cuerpo,
vuestras ágiles manos silenciosas
jugando con mi barba nazarena.
Fuisteis siquiera unos momentos mías
de cuerpo y alma, porque yo era el hombre!
Supe haceros vibrar como una cuerda
que pulsara un artista diligente
y en vuestra sed de amar nunca encontrasteis
exhausta ó tibia de mi amor la fuente...

VIII

¡Y todo ya ha pasado! ¡Si parece
que lo hubiera soñado solamente!

¡Y nadie me ama ya! Y yo que tengo
desparramándose de amor mi fuente!
En un hervor de vida, en oleadas
yo siento borbotar mi rica sangre.
Y aun no llega mi inmortal varona,
esa que aguardo, tantos años solo,
como una gran walkiria que tuviera
el moreno rubor de una amazona.

El placer doloroso de las cosas
felices, que murieron y se quieren
con ansias infinitas, ese tengo!

RICARDO PRIETO MOLINA

ANTIFONA

Dame tu corazón de adormidera,
pálida flor de pétalos vejados,
lirio marchito de corola enferma.

Quiero tu triste amor... pobre violeta
ultrajada... Las hieles de tu alma
recogeré en la copa de mis penas.

Alza tu frente-alcázar de impurezas
en donde anhela mi candente labio
dejar el nimbo de una azul estrella.

Dame tu alma de obscura Magdalena,
salvada, como virgen fugitiva,
del horrendo vaivén de tus miserias.

Como lánguido junco, tu cabeza
sobre mi pecho dulcemente inclina,
que dieron su sabor,—sobre mis labios...

Posa tu labio—como dos cerezas
y enjugaré tus lágrimas acerbas.
y huirán las tristes mariposas negras.

Dame tus brazos—mórbidas culebras
que anudarán mi cuerpo.—Y con mis besos
consagraré tu carne de azucenas.

EN EL MISTERIO

¡Sé mi bella visión desconocida!...
Oculta en el misterio impenetrable
de tu alma extraña, el adorado enigma.

¡No me des el secreto de tu vida!
Sé mi esfinge callada... quiero amarte
sin comprenderte, como á diosa egipcia.

Déjame penetrar solo á escondidas
á la bóveda obscura de tu alma,
como á iglesia sin luz, que está vacía.

Y oraré solitario y de rodillas
ante tu imagen—pálida y severa,—
con sagrado temor de cenobita.

¡No ilumines el templo!... Volaría
mi tímida ilusión... como paloma
del campanario, al repicar la misa.



DIEGO DUBLE URRUTIA

Nació en 1877. Autor de «Veinte años» y «Del mar á la montaña,» últimamente reimpresos por la Casa Garnier, en un solo volumen. Salvador Rueda ha juzgado así su obra: «Pocas veces he visto en un poeta americano como en Dublé Urrutia, cantar su tierra, sus mares, sus montañas, sus labriegos, su propia patria en suma. Falta hacía que se empezase á crear la literatura americana con carácter propio é independiente. No bastaba lo indicado por Andrade y otros; hacía falta que Dublé Urrutia siguiera echando los sillares para levantar el palacio.»

EL CARACOL

Cuando la brisa barría apenas
las nieblas grises de la mañana
y al arrastrarse por las arenas
con sus espumas como azucenas
jugaba, en sueños, la mar cercana,
junto á la choza de sus mayores
se despidieron los pescadores.

La bruma triste los envolvía:
ella gemía: ¿qué haré yo ahora?...
Y una gaviota revoladora
oyó al marino que le decía
que era su virgen, su pescadora,
que no llorara, que volvería...

Y como urgiera ya el tiempo: «toma
—le dijo el mozo,—ya el viento asoma,

la gente sale, ya viene el sol...»
Y recogiendo del agua clara
que entre las rocas la mar dejara,
más armiñado que una paloma
puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde lo que te quiero,
que oigas mis quejas en sus rumores;
de cierto vale poco dinero
pues que son pobres nuestros amores,
pero es eterno su rumor suave,
y aunque es humilde su labio sabe
de los remotos mares bravíos
y de los mundos que voy á andar,
más que tus padres y que los míos
y más que el viento que habita el mar...»

Ambos lloraron: un ave inquieta
graznó sobre ellos; el humo lento
de las chozuelas de la caleta
blanqueaba apenas; como un aliento;
y bajo el cielo más transparente,
tras la fortuna que se ama en vano,
partió el navío, rumbo á Occidente,
sobre el inmenso y augusto oceano.

Y cuenta el viento que desde aquella
mañana triste, ¡fatal mañana!
acariciada por la doncella
la humilde concha de porcelana,
le habló en su lengua de rumores
de viajes locos, de pechos fieles,
de memoranzas y devaneos
junto á la borda de los bajeles,
de aves errantes que van á pares
buscando albergue sobre los mares,
de tempestades y de ciclones
y de esos tristes besos perdidos
que van con rumbos desconocidos
bajo las altas constelaciones...

Y el tiempo vino, silente y grave,

siguiendo siempre su ruta ciega,
con el misterio de aquella nave
que en una extraña canción noruega
lleva invisible su casco lento
bajo las brumas del mundo aquí,
siempre azotada de un mismo viento
con un fantasma por timonel...

Y con los años la niña hermosa
cuya frescura ya ajaban canas,
mirando al agua desde una choza,
vió marchitarse la tinta rosa
de sus mejillas, antes lozanas...
Aun no clareaba detrás del monte
y ya copiaban el horizonte
sus grandes ojos color de mar;
y en ellos iban las golondrinas
en sus revuelos de peregrinas,
á ver las barcas ultramarinas
que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante
y humilde prenda de amor, seguía
contando historias del nauta errante
llenas de inmensa melancolía:
ya eran nostalgias desconsoladas
en lo infinito del mar lloradas,
noches de nieve que el viento azota,
miserias y hambres en tierra ignota;
triste cortejo que siempre avanza
por esas rutas en que sus huellas
deja, guiada por las estrellas
la banda loca de la esperanza.

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,
y en sus mudanzas siguió la mar,
y al campo santo más de un abuelo
en la caleta fué á descansar:
siempre escuchando la voz lejana
la pescadora tornóse anciana;
barcos ignotos aves de paso
ya del oriente, ya del ocaso

la mar surcaban cada mañana;
sólo aquel loco bajel risueño
que al occidente partiera un día
tras la fortuna, que es sólo un sueño,
en lontananza no aparecía.

Y de la concha susurradora
la amable historia, doliente asaz,
seguía oyendo la pescadora
vaga y distante cada vez más;
la sombra triste de otros amores
cruzaba á veces por sus rumores;
hasta que un día trajo el destino,
con los clamores de un torbellino
y entre infinitos ecos perdida,
la última queja del peregrino
sobre una roca desconocida...
Y entre las brumas de la mañana
de un taciturno día de invierno,
sobre cuatro hombros subió la anciana,
vuelta hacia el cielo la frente cana,
por las colinas del sueño eterno.

Dejó la tierra como paloma
que abandonada, su alero deja
y errante sigue de loma en loma
tras del amado que se le aleja...
Le dió la tumba refugio blando
y allí á su lado siguióle hablando
junto á los mares, el caracol,
del sueño eterno, la eterna espera,
y de ese humano vivir soñando
sola y distante dicha sincera
que el hombre alcanza y alumbrá el sol.

LAS MINAS

I

Ante el eterno y vago rumor de las mareas
australes, bajo un cielo que enormes chimeneas
mantiene siempre obscuro y en la ribera en donde

bajo las verdes ondas el Nahuelbuta esconde
sus ya domadas cuestras occidentales, medra
la tierra en cuyo seno vive el carbón de piedra
bajo nacientes bosques de resinosos pinos
exóticos, en donde filones submarinos,
y hasta en el fondo mismo del mar, de cuyas aguas
lo extraen los rastrillos para encender las fraguas
y los fogones pobres.

Cuando los estivales
meses la costa alegran, llegan los temporales
para aquel mar; los vientos del sur sobre las rocas
empujan las oladas rugientes y las locas
espumas, levantando su risueña blancura
hasta los mismos árboles, sobre la tinta oscura
de los ramajes posan su lividez de nieve.
Luego viene el invierno. Llega la niebla. Llueve,
y alto, sobre los verdes cerros de la ribera
pasan la ventolina sin que la más ligera
ondulación enturbie los trémulos cristales
del mar. Entonces bajan las lianas invernales
á acariciar su imagen sobre las aguas. Chilla
la pálida gaviota pescando por la orilla,
y en la tranquila borda de algún lanchón posados
meditan, largamente, los cuervos enlutados,
mientras que allá en la altura cruzan con vuelo lento
las nubes, en rebaños, arreadas por el viento.
Pero ni el sol, ni el aire, ni las heladas brumas
de los meses de invierno, ni el mar con sus espumas
blanquísimas sonríen para los pobladores
de aquellas tierras hartas de brisas y de flores;
hombres descoloridos y adolescentes, viejos
antes de tiempo, viven en aquel mundo, lejos
de toda luz, en lo hondo de las oscuras minas,
á rastras y arañando sin fe, con sus felinas
uña, la virgen roca donde el carbón se encierra...
rasgando, tristemente, los senos insalubres
de esta fecunda madre que se llama la tierra,
madre con tantos hijos y con tan pocas ubres!...

II

Es triste y miserable, como la muerte triste la vida de las minas: el hombre allí no existe; la pobre bestia humana gastada y sudorosa, arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa de míseros candiles, como cualquier gusano... El hombre es en las minas un simulacro humano. No es aire el vagabundo bostezo que en las frías labores olvidadas y ardientes galerías pesadamente flota, sacando los sudores más acres de los cuerpos de aquellos luchadores de las tinieblas; de esos humanos desperdicios que viven encorvados al peso de mil vicios y pasiones ajenas, porque para los hombres aun no ha llegado el brazo que probará que hay nombres y hombres, y hará sin vanos egoísmos sin utopías cargar á cada uno con sus miserias propias. Pero en las hondas minas no alienta esa esperanza la estrella anunciadora del nuevo albor, no alcanza con sus risueños rayos á calentar la pena de aquel oscuro siervo que ignora su cadena. Alguna vez, la bestia, cansada de tan cruento dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento de las revueltas locas que encienden las angustias, y un pan de blanco trigo para sus fauces mustias. Y ruge, pero entonces, ¡oh justa y santa mengua! el plomo ó la metralla le destrozan la lengua y acaso un calabozo sin luz ni amor, en nombre de los amables dioses ó de la paz del hombre, sepulta para siempre bajo su techo helado hasta el clamor sin eco del que pidió un bocado!



OSCAR SEPULVEDA

EN LA ORGÍA...

Un místico lirio floreció en mi pecho de castas purezas y blancuras hecho, un lirio de nieve, flor de primavera que las almas brotan en su edad primera, delicado y santo príncipe gemelo de las luminosas princesas del cielo, mago incomprendible de dulces hechizos, prístino perfume de los paraísos...

Los soles de estío con ardientes rayos, con su beso frío la escarcha de Mayo, cayeron más tarde sobre el alma mía donde el misterioso lirio florecía, y así fué muriendo paulatinamente mi lirio inocente, príncipe gemelo de las luminosas princesas del cielo... Y desde su muerte mi pobre alma triste solitaria y huérfana, negro luto viste...

Bebamos entonces de este rojo vino por las almas-tumbas, por su mal divino, por las esperanzas y los lirios muertos y por los altares del amor, desiertos...

Brindemos entonces lúgubres canciones á las encantadas mágicas visiones que las bohardillas tristes y haraposas

inundan de tintas azules y rosas;
que en los muros cuelgan felpadas cortinas
y esparcen al aire luces opalinas;
que en sueños perfuman los míseros lechos
con el ritmo cálido de sus blancos pechos,
y al venir el alba, los dejan vacíos,
como siempre solos, como siempre fríos,
sus ligeras alas á los aires dando:
raudas mariposas que se van volando...

Bebamos, entonces, brindando al mañana
la amarga y siniestra copa byroneana;
cantando, si al alma ni una flor le queda,
los sangrientos versos que cantó Espronceda.

Así atormentado por horrible hastío
brindaba una noche negramente bella,
cuando desde un cielo remoto y sombrío
luciendo llorosa diamantina estrella,
bañó con sus rayos compasivamente
la palidez honda de mi mustia frente...
Eran sus fulgores rayos de bonanza,
llanto que vertía mi pobre Esperanza
y que yo he guardado con adoración
en lo más profundo de mi corazón.

BLANCO Y ROJO

Aquel verso era dulce
como el trino de un ave,
y al decirlo el poeta
hiciéronle las gentes cruel desaire.
(Era escrito aquel verso
con la pluma de un ángel...)

Entonces, el poeta
dijo un verso de angustias... sollozante...
y esta vez, conmovidas...
le rindieron las gentes, homenaje.

¡Era ese triste verso
una gota de sangre!...



T. Contreras

FRANCISCO CONTRERAS

Nació en 1877. Ha colaborado en «Pluma y Lápiz,» «Zig-Zag» y «El Nuevo Mercurio.» Autor de «Esmaltines,» «Raúl,» «Toisón,» «Romances de hoy y Los Modernos.» En un acabado estudio sobre «El arte de hoy,» dice: «Hace algunos años, el ambiente de ideas ha sufrido una transformación radical. La conciencia de un refinamiento generalmente mórbido ó artificioso; la inminencia del problema social, cada día más arduo é interesante, ó acaso, sencillamente, el espíritu de reacción contra un orden que ha hecho su época, ha llevado á la juventud de hoy al amor sano de la naturaleza, al estudio severo de la humanidad, á la altitud de los sentimientos, al anhelo por la sinceridad, á la vida. Y un nuevo movimiento se ha iniciado en el arte. Sucesor, si no heredero de la corriente simbolista que ha dominado el último cuarto del pasado siglo, de ella ha tomado lo que hay en su obra de auténticamente progresivo, independiente al medio. Esto es, la idea de la Libertad (desdén por los cánones y los arquetipos,) y el sentimiento de la Renovación (aspiración á nuevas formas y modos de expresión).»

ENCANTO DE LAS LLUVIAS

Llueve, llueve, llueve, llueve, sin quebranto.
Y del agua trémula á través del velo
se divisa el campo, se divisa el cielo,
como un rostro pálido á través del llanto.

¡Oh, qué misterioso, qué inefable encanto
ponen las borrascas en mi desconsuelo!

Pienso, pienso, pienso, y ardoroso vuelo
hacia aquellos días que he querido tanto!

Pienso en tí, graciosa rosa de inocencia,
azulado ensueño de mi adolescencia,
que encendiste en mi alma la ilusión de fuego.

Y en la vaga sombra de mi cruel retiro
suspirar te siento, sonreír te miro...
Mientras llueve, llueve, llueve sin sosiego.

EL TURCO

Sentado en un escaño, sentado en la Alameda,
la pipa entre los dientes, el pobre viejo está,
en tanto la azulosa neblina lenta y queda
de los escuetos árboles colgándose va ya.

Es turco. Es de Estambul. (El rojo fez le queda.)
Vendiendo baratijas se vino desde allá.
Mas hoy está arruinado; su kiosco de oro y seda
diezmóle con el fuego la cólera de Alá.

Medita. Bajo el humo de su pipa moruna,
medita transportándose... ¡oh sueños de fortuna!
Bazares de Damasco, tesoros de Almanzor...

Y rápida la niebla más fúnebre y silente
reduce el horizonte... Y más profundamente
se hunde el pobre viejo en su íntimo dolor.

CARNE TRISTE

¡Pobre tísica! en la incierta
sombra que mis sueños viste
te alzas sobre mi alma yerta,
en tu bata azul y triste.

Sangra entre tus labios blancos
cruel sonrisa de desvío;
y se estremecen tus flancos
en nervioso escalofrío.

A tus pies yace quebrada
la copa en la cual bebiste.
Y está por siempre manchada
tu túnica azul y triste.

En tus ojos sin destello
no hay una gota de lloro;
y se te eriza el cabello
como una cauda de oro.

Y en las sombras honda y anchas
pasa el dolor que te embiste...
Y yo persigo las manchas
de tu bata azul y triste.

LAS CRISANTEMAS

En desmesuradas yemas,
sobre los tallos entecos,
en los parterres ya secos
se esponjan las crisantemas.

Flores raras, son emblemas
del arte de nuevos ecos
amantes de orlas y flecos
y de rarezas supremas.

Exóticas y hieráticas,
como princesas asiáticas,
pues que son raras, son bellas.

Prendidas entre los rasos,
ó abiertas sobre los vasos,
como monstruosas estrellas.

ESTADO DE ALMA

Negra nube de angustia y hastío
pasa lenta y tenaz por mi frente.
Ya no es mío el ensueño ferviente,
ya no es mío el amor, ya no es mío!

Bajo el pálido gris del vacío,
melancólico, enfermo, doliente,
siento frío de tedio mordiente,
siento frío de horror, siento frío!

La existencia á mi vista se viste
como ocaso invernal plúmbeo y triste,
sin un solo relámpago de oro.

Ya no escucho la voz sacrosanta
de la buena canción que levanta;
ya no lloro, no lloro, no lloro!



Manuel Magallanes Moure

MANUEL MAGALLANES MOURE

Buen poeta y excelente crítico. «No es musa la suya que adolezca—ni que siquiera pretenda un ensayo por el camino pretencioso de la mayoría de nuestros versaineros atumultados,—de ser atronante ó filosófica, con clarinadas que resultan ridículas calcando á Díaz Mirón, ó con majestuosidades que resultan difusas jorobas calcando á Hugo, ni de ser un artífice amarquesado del verso, hurtando encajes y galones á Darío. Magallanes Moure acusa encuadrar sus impresiones en el verso, tal cual las siente, sin arañar efectos ni molduras en ajenos trigos. Y, así, en su manera de presentarse, es real, es muy suyo, es sincero.» Ha publicado «Facetas» y «Matices.»

LOS BUEYES

Væ victis!

Van con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran
sino la senda misma y nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre
y como aumenta ese dolor el hierro
de la aguzada pica introduciéndose
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas, que parecen
los misteriosos signos con que escriben
estos desheredados de la suerte,
en la página inmensa del camino,
la sombra odiosa de sus crueles
marchas interminables, á lo largo
de una ruta sin fin.

Los tardos buyes
son los esclavos del trabajo: nunca
sus formidables miembros estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión ni el súbito deleite
del ardoroso amor.

Ellos ignoran
todo lo que es placer y no apetecen
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de sus vientres.
No juegan: el dolor los tomó graves.
No retozan: están muy tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores
conducen el ganado al campo verde,
los ternillos brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas
—que miran como miran las mujeres,—
van en nutridos grupos jugueteando
por la empinada senda hasta perderse
tras la silueta de una loma, sólo
los pensativos, los adustos buyes
andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aun pesara sobre ellas
el humillante yugo.

Cuantas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas á la tenue
claridad del crepúsculo, el idilio
de un bravo toro, lleno de altiveces,

con una mansa ternerilla joven
de ancas llenas, redondas y lucentes...

Y ellos no aman ya... Son los eunucos
que en el harén del campo languidecen
mirando las caricias que se hacen
el sultán de las bravas altiveces
y la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breves
relámpago ardoroso...

!Acaso olvidan
su triste condición! Quizá recuerden
el luminoso tiempo en que ellos fueron
también sultanes del harén campestre...

Pero es sólo un relámpago y bien pronto
se extingue; entonces sus miradas vuelven
á ser dulces, suaves, resignadas.
Entonces sus pupilas nuevamente
giran con grave lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados á la sombra de algún álamo
cuya elevada ramazón se yergue
en mitad del potrero, á esa hora
en que el florido campo se adormece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
á cuanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel, á fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando
las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no ruminado en la mañana,
caídas las orejas, como imbeciles
ahí están los esclavos del trabajo,
los eunucos del harén campestre,

los que no aman, ni juegan, ni retozan,
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

SOBREMESA ALEGRE

La viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: «¡Oh qué tiempos aquéllos
cuando yo enamoraba á ocultas de la abuela.»

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre la tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia
y ríen las arrugas de su cara bendita,
y corren por su cuerpo deliciosos temblores...

Y mi novia me mira y yo miro á mi novia,
y reímos, reímos... mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

EL BARCO VIEJO

Allá en aquel paraje solitario del puerto
se mece el viejo barco á compás de las ondas
que tejen y destejen sus armiñadas blondas
en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
se mece el viejo barco á compás de las ondas,
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van á Europa,
y que era todo un barco de la proa á la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

Sus amarras sacude, y rechina, y se queja
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
mecido por las olas en blanda oscilación.

ALBERTO MAURET CAAMANO

CONFIDENCIAS

Esta loca pasión me causa miedo;
pues, á tu lado, de placer me ofusco;
te quisiera olvidar... pero no puedo,
y te amo siempre, y con afán te busco.

¡Cómo contemplo, en mi fervor amante,
de tu mirar divino á los destellos,
la dulce palidez de tu semblante
bajo la obscuridad de tus cabellos!

¡Cómo soñando el alma se consume
de una emoción al inefable goce!
¡Cuánta embriaguez oculta tu perfume!
¡Cómo electriza tu divino roce!...

Pasas... y el ruiseñor de cantar cesa,
te dan su aroma las fragantes flores,
en un rayo de luz el sol te besa
y te murmura el aura sus amores.

Pasas... y al punto por besar tus huellas,
se inclina tierno y dócil el ramaje;
te llaman desde el cielo las estrellas
y el mar suspende su rumor salvaje.

Pasas... y el alma de embriaguez se queja,
y te acaricia con delicia extraña